

8:15, faldas y labias

Valeria Carrillo Pastrana*

Año 1910, revolucionario florecimiento del tiempo y el silencio que nos arrodilla con las armas apuntando al cielo, llamándonos ladrones por esas ambiciones que no dejan de escribirse. Mi habitación colmada por el olor a café de olla impregnando mis faldas largas hasta los tobillos, dibujando con los rastros de pólvora que llegan del viento a la ventana, el cometa Halley es el único que deja marca lunar y seduce a la impotencia.

El velador da los primeros avisos para la audición de la llegada al frío infierno, ¿por qué tengo que vivir atada a estas cuatro paredes y coser ajuares? Balas se escuchan caer a lo lejos como gotas de lluvia destruyendo nuestro andar. Momentos y recuerdos me hacen morder el hilo de mi abrigo cada mañana al despertar, ilusamente pensando en que mi rutina de mujer ideal dejará de escribir mil hubieras en mi tumba, son las 8:15.

Toña —pecadora a los ojos de todo aquel que sea religioso y una heroína a ojos de aquellas a quienes le falta pecar con una causa por la cual luchar—, asume ser mujer, pero le gustaría vivir como hombre, en una época donde tu cabeza debe tener mayor registro de recetas que de sueños. Somos amigas desde aquella invención de la soledad, corriendo descalzas por los rosales, sintiendo la fría tierra por nuestros pequeños y mestizos pies, admirando cómo volaban en el viento nuestras largas trenzas con esos listones llenos de color e inocencia.

Cierro los ojos y recuerdo aquel día perfecto en el que estábamos sentadas en el arroyo, viendo a mi padre, aquel viejo de bigote, sombrero de paja, camisa blanca y manos ásperas que marcan destinos, recargado sobre un enorme árbol de Laurel. Al terminar el día, mi padre siempre nos regalaba una rosa roja que hacía juego con el odio que nos unía, creyendo solo en el destino, dejando de extrañar mi

* **Estudiante de la Licenciatura en Negocios, Tecnológico de Monterrey, Campus Cuernavaca.**

**Ayer danzaba
sintiéndolo todo,
hoy pagaría por
dejar de huir de mi
vida que la siento
como ajena.**

vieja vida, recordando aquellos dolores que aún siento. Dejé de seguir el reloj hace años. Olvidé cómo respirar.

Mientras salto al vacío siento aquel último suspiro para cambiar de estación, norte y sur.

Aquel estallido de las 8:15 se lleva a mi padre. "Déjalo", dicen; enrollamos nuestras faldas y metimos nuestros pies al arroyo, el agua se lo llevó. Respiro mi libertad.

Pagando peajes en las noches de insomnio, disimulando que no me asfixia, mis hombros se acostumbran a perseguir nuestros versos llenos de errores. Necesito que Toña deje de esconder todo lo que se perdió con el fuego.

Toña, mi guerra y mi paz, quemando mi piel, enviando notas desde mi manicomio en la espera de aquel disparo que dejaría entrar la luz por las cortinas, atormentándome en que pronto habría que portar un vestido, negro, porque estaré de luto. Moriría mi miedo a no poder parar la lluvia.

Ayer danzaba sintiéndolo todo, hoy pagaría por dejar de huir de mi vida que la siento como ajena. Perdí la fuerza de verle a los ojos a usted, padre, alquilaré una estrella para interrumpir tu vida perfecta a ratos que me destruyó en secreto la risa y el olvido. Hacer ruido me enseñó a cómo ser feliz y lo raro que es vivir entre tantos días perfectos, sobreviviendo bajo la percepción de mi vida prestada y la idea de no volverte a ver.